

Filosofía y ciencia

RICARDO D. PANTANO

Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza

El carácter de humanidad, lo que el hombre es íntimamente, se revela más en las obras de arte, de filosofía y de religión que en las de la ciencia. Y más aún se expresa en la filosofía que en el arte, que trabaja las cosas exteriores, el mármol, la piedra, los colores, etc., aun cuando se expresa en y por ellos un estado interior. Es verdad que en este último, en el arte, es necesario que el sujeto se haya cultivado antes de realizar sus trabajos y mientras los ejecuta, pero la acción termina en el exterior.

En cambio en la meditación filosófica, a pesar de que puede referirse a los objetos exteriores, el acto termina dentro del sujeto que piensa, el cual por esto puede perfeccionarse en su manera de pensar, de sentir y de querer, al afinar sus instrumentos de comprensión y las facultades de los actos que realiza, reflexionando sobre ellos. En realidad el filósofo, en vez de trabajar una materia exterior, es el que más trata de conocerse y afinarse profundamente aprovechando de la cultura existente y de las más antiguas y aún del conocimiento de las cosas, todo lo que podría servirle para un desarrollo pleno y armonioso de su personalidad. La filosofía nace del ser más íntimo del hombre y termina en él. Esto no quiere decir que no reflexione en otras cosas entre ese principio y tal fin.

El trabajo científico más dedicado a las cosas, con menos reflexión sobre la propia actividad, busca los caracteres más generales, las leyes más simples que han de abarcar la mayor cantidad posible de hechos, los cuadros donde ha de ubicar los objetos que tienen caracteres semejantes o los que se suceden de una manera constante.

La ciencia en virtud de su objetividad es más fácilmente comunicable, tratando de cosas que todos tienen más o menos al alcance de los sentidos, claro está que estableciendo abstracciones en base a esos

datos y aprovechando los resultados ya obtenidos, admitiendo una gran cantidad de supuestos, avanza por eso en forma más continua que la filosofía, que renace con cada filósofo, que vuelve a poner todo en cuestión, no aceptando supuestos, constatándolos para lograr una plena seguridad en lo que servirá de base para el pensamiento; volver al punto de partida no quiere decir desechar completamente todo lo dado, sino volver a pensarlo para tener una mayor certeza.

La obra científica puede comprenderse sin la actividad y los medios que se han precisado para llegar hasta ella, no importando mayormente las opiniones personales de los hechos de la vida que el científico hubiera podido tener, el modo de vida que más estimaba antes o después de la obra en cuestión, no interviniendo sino de una manera accidental la subjetividad. Lo que más importa en ella es el resultado; mientras que en la obra filosófica se reflejan mucho más los ideales, las preocupaciones, las preferencias y el modo de valorar las cosas. La manera de encararlas, la finura, la distinción, como actitud humana se traduce en el estilo, en la manera de enfocar los temas, de afrontar los más difíciles, en la profundización o en la superficialidad, y cuando menos condiciones humanas de delicadeza se tengan, menor será la filosofía que se profese. En cambio a través de los signos matemáticos tan abstractos, tan exactamente relacionados, el hombre que los trata no se deja ver detrás de las manifestaciones de su inteligencia formal; claro que esto se demuestra menos, a medida que hay mayor aproximación a las ciencias que más tienen que ver con la vida. La filosofía en su principio y su fin es un humanismo, y siendo el hombre continua actividad, no se mide tanto la primera sólo por los resultados obtenidos, objetivos, cuanto por la actividad misma que la realiza, por la manera como expresa un modo particular de vida. En ella se traduce completamente quien la ha creado, con la espontaneidad del estilo, el equilibrio del juicio, la manera peculiar de pensar, de sentir y de valorar las cosas; viviendo ya asume el hombre una actitud filosófica en cuanto piensa en su propio destino y en los actos que realiza, en cuanto tiene una moral o una concepción del mundo. Los motivos de meditación los encuentra el hombre en la vida, en sí mismo, en la sociedad donde vive y en las manifestaciones culturales de los otros tiempos; siendo el filósofo el que llega a plantearse más a fondo los problemas de la vida, sintiendo más urgencia

en resolverlos. Más profunda será aún la filosofía cuanto más hunda sus raíces en la vida.

No se puede separar la filosofía del hombre que la crea, no se la puede entender bien sin tener en cuenta la clase de hombre que la sustenta, su ejemplo de vida, la riqueza de sus experiencias. Lejos por lo tanto de poder ser comprendido el hombre por una ley general, su posición ha de ser estudiada en su individualidad, en su fondo de ser más personal, y esto sólo puede hacerlo él mismo o quien tenga otra hondura humana que llegue más o menos hasta el mismo nivel, aunque sea diferente y tenga otra orientación, pero no se puede conocer desde afuera manejando un esquema científico o filosófico que sólo exprese o dé una idea, una información de la sucesión de los hechos; porque no se trata sólo de dar o de recibir noticia de lo que ha pasado o de lo que se ha pensado, de una manera exterior, como desde afuera, sino de revivir los problemas desde los orígenes de sus planteamientos siguiendo los diversos caminos y posibilidades de su solución. En cambio cuando se trata de utilizar un instrumento de la técnica y muchas veces también de la ciencia, cuando se emplea el metro o se recurre al calendario, no hace falta remontarse a los orígenes e investigar de qué modo fueron inventados, pudiendo ser transmitidos los conocimientos de su manejo o de su uso, sin una interiorización de lo que constituye su fundamento. Además, cualquiera puede servirse de esos medios, no necesitándose una personalidad muy especial para apretar un botón o mover una palanca.

La ciencia es con respecto a la filosofía lo mismo que la técnica es con respecto a la ciencia. Por medio de la técnica se puede mover el motor, sin conocer todos los resortes y combinaciones de las piezas, así como el mecanismo en su conjunto que conoce el científico; y a la vez, éste utiliza medios de pensamientos lógicos para expresarse, para hacerse entender, y aún para estructurar y ordenar su propia disciplina, sin conocerlos verdaderamente. Del mismo modo puede estudiar las leyes de sucesión de los fenómenos, y aún de las causas segundas sin conocer las verdaderas causas, los fundamentos y condiciones de la realidad, sin plantearse los problemas de las condiciones de la existencia, ni de los últimos fines. Claro está que esas cuestiones no le corresponde estudiarlas a él sino al filósofo, pero el hecho es que las deja supuestas. Lo mismo sucede en su trabajo al ocuparse de uno u otro aspecto de la realidad, en realidad cada uno de éstos, no

puede existir sin los demás, sin las condiciones de la realidad en su conjunto, sin el orden total del que forman parte, cuyo estudio corresponde a la metafísica. No significa esto en lo más mínimo una crítica a la meritoria e imprescindible obra del científico sino un reconocimiento de los límites de su actividad, y del hecho de la presuposición de las condiciones y de los fundamentos, de la misma manera que la técnica suponía muchos conocimientos de las ciencias.

Por eso es que las disciplinas pueden avanzar más, cuanto menos tienen necesidad de volver a los puntos de partida, a los fundamentos. Este progreso se hace más patente en la técnica que aprovecha los efectos y resultados ya obtenidos, dedicándose simplemente a utilizarlos, o a lo sumo a conseguir nuevos instrumentos a partir de los ya dados, y en un grado menor se observa en la ciencia que tiene que detenerse más en las causas segundas; y en forma menos visible en la filosofía, donde vuelven a plantearse los mismos problemas una y otra vez, para continuar la misma línea establecida, o para seguir otra. De todos modos en la filosofía siempre hay que volver a plantear a fondo las cuestiones y los problemas, buscando las condiciones y los fundamentos en los que reposan los sistemas, las distintas condiciones del mundo, de la vida, de la sociedad, del arte, de la moral y de la propia individualidad. Y en esta vuelta continua se refleja la originalidad de plantear las cosas viejas en nuevas formas, las cosas que ya estaban allí, pero que no había más que darles nueva vida. Lejos de ser un simple conocimiento, la filosofía es una experiencia, no se puede conocer desde afuera como las cosas exteriores. Las experiencias íntimamente vividas y la peculiaridad de quien las tiene, que constituyen un objeto principal de la filosofía, no pueden ser comunicadas, transmitidas con la misma facilidad que los contenidos de la ciencia que son más exteriores y están a la vista de todos, siendo más cómodamente manejables todavía los útiles de la técnica.

La filosofía, no es algo común a todos, algo que pueda ser usado por todos de la misma manera; en ella, cada uno aporta, traduce un modo particular de vida. En el trabajo filosófico interviene más la individualidad. En él se requiere la participación de lo personal e intransferible de la experiencia. El científico trata más bien con instrumentos y cosas. El filósofo también puede interesarse por estos últimos, pero no para manejarlos sino para ver si hay algo de humano en el uso que se hace de ellos, qué es lo que participa del hombre en

esa tarea de manejarlos y qué es lo que queda para su fin esencialmente humano de todo ese uso.

La filosofía en parte es lo que dice Platón en el diálogo *Alcibíades*: el tener cuidado de lo que constituye el mejor ser del hombre, es decir de su alma, que tiene que perfeccionarse con sus propios medios; claro que Platón no tiene una comprensión total del hombre, como la tiene la filosofía aristotélico-tomista y el existencialismo, al tratar de estudiar en el hombre no el alma sola, sino en su cuerpo, en su realidad viviente, desenvolviéndose en su medio y en relación con las formas de la cultura y de la vida.

Siguiendo ahora a Platón, el principal estudio del hombre es el que éste lleva a cabo de su propia alma. Otras actividades tratan, hacen o perfeccionan objetos que son para el hombre, pero no se confunden con él mismo en su ser fundamental, ni forman parte principal de él, son más inferiores, el cuerpo para Platón figuraría en esta categoría, no es el hombre sino algo de él, algo que le pertenece, y por último están aquellas que se aplican a las cosas indiferentes, exteriores o que menos tienen que ver con él, ocupando el último lugar; pero para dedicarse a hacer lo que le pertenece, como lo que le resulta más remoto, como lo que le es más próximo, con lo cual está identificado en su mejor ser, primeramente tiene que conocer cada una de estas cosas, siendo el principal conocimiento el que tiene de lo que le es más peculiar. El perfeccionamiento más acabado tanto del propio ser como de las demás cosas, será posible cuanto más adecuado y profundo sea el conocimiento que se tenga de cada una de ellas; todo depende para Platón del conocimiento y de la razón.

Es necesario que el hombre se conozca a sí mismo. Pero todo lo que hay en él de fundamentalmente cognoscible es lo racional que conduce a lo ideal. Desechó la experiencia, la actitud humana, con todas sus limitaciones, vió lo divino en el hombre, en lo mejor de su alma y todo lo demás fué deleznable. Pero no se ve la necesidad por qué esto ha de ser así, tan grandioso ha de ser el hombre por su razón, como por sus pasiones, sentimientos y actos que realiza, como tan bajo puede ser por su manera de sentir y de pensar también.

En suma, el alma para Platón en su ser fundamental, donde debe terminar el mejor conocimiento, es demasiado ideal, demasiado alejada de las cosas, de la vida, de la experiencia. Se trata por el contrario, según la filosofía existencial de la que aprovechamos algunas ideas,

de conocer al hombre en toda su realidad, para comprender la filosofía, puesto que la filosofía es la comprensión de la total realidad de cada cosa en su individualidad y de todas en el conjunto ordenado en las que se encuentra, ya sea de las que son trascendentales como de las efímeras y cotidianas.

Si el hombre viviera solamente de su razón sería un ser completamente ideal, pero es que su espíritu para cultivarse, para formarse, para vivir necesita estar en contacto con las demás cosas, claro que a la debida distancia de ellas cuando hace falta.

El espíritu se prueba en la realidad, en los actos de la vida, afrontando la materia y las circunstancias de la vida cotidiana, salvando de la fugacidad, de la contingencia, de lo individual, lo más valioso. Porque si se quitan de la filosofía todos los problemas de la vida, y se la reduce a algo puramente ideal, se pierde todo el dramatismo que recoge de la existencia. Por otra parte lo que aprovechamos de la teoría platónica de la división de las actividades según que se ocupen del alma, es decir de lo que constituye el ser más peculiar del hombre, de las cosas que le pertenecen al hombre, y por último de las que le son más indiferentes, es decir de las más exteriores y alejadas. De la primera se ocuparía la filosofía mientras que de las segundas y de las últimas se ocuparían las ciencias y la técnica, empleando las palabras modernas. Tanto cuando se considera el hombre que vive dedicado a las cosas exteriores, como cuando se los separa demasiado de ellas, como notamos al seguir a Platón, no se tiene la noción acertada de él. Pues, para ser realmente, el hombre tiene que colocarse a una distancia justa de las cosas y del ideal que más puede separarse en él.

En el caso del conocimiento de la ciencia que hemos estudiado primeramente, a diferencia de la filosofía, se da la primera situación, porque el científico vive demasiado entre las cosas, y con razón, porque su tarea así lo exige, no puede reflexionar mucho sobre su propia actividad, sobre su propia vida, porque el tiempo le urge para dominar los instrumentos que ha de aplicar a las cosas; cada uno tiene su misión y ésta es la que le corresponde al científico, al menos oficialmente, ya que en privado puede tener su filosofía como hombre; mientras que le corresponde al filósofo reflexionar con más detenimiento en la actividad del científico, en sus métodos, fines y medios de conocimiento, así como en su destino que tiene como hombre y en el suyo propio.

Lo que el científico hace altamente, esto es: dedicarse a las cosas para comprenderlas y por razones de estudio, el hombre vulgar guardando las debidas distancias también lo hace, claro está que no por razones de estudio y sin darse cuenta, él principalmente vive en continuidad con las cosas, diríamos, volcado totalmente hacia ellas, en un mundo completamente exterior, sin darse cuenta reflexivamente de su existencia en lo más mínimo. El científico trata de las cosas exteriores, mientras que el hombre vulgar vive entregado a ellas sin saberlo.

Lo que interesa aquí es que el científico se dedica a un solo aspecto de la realidad, el que le permite su especialidad en tratar las cosas, ya sean números, plantas, piedras, etc., y exteriores al hombre, en su ser más peculiar.

Mientras que en el ejemplo platónico mencionado, al idealizar demasiado al hombre se lo ve también en uno de sus aspectos, claro está que completamente contrario al anterior, como si el espíritu pudiera extraer de él mismo todo lo que se pudiera saber, sin que ninguno le enseñara nada, sin ninguna experiencia. En conclusión hemos tratado de sostener los siguientes puntos:

1. La filosofía más que las otras disciplinas revela lo que es el hombre en toda su realidad.

2. Teniendo que ver más con el hombre que con las demás cosas, y terminando su acción dentro del sujeto, permite, hace posible un mayor perfeccionamiento humano de aquel que se cultiva por ella.

3. Para comprender mejor la naturaleza de la filosofía conviene contraponerla a la ciencia que se ocupa de objetos exteriores, tratando de disponerlos en orden más que de comprenderlos plenamente en función de las cosas, o de los fundamentos y condiciones que hacen posible no tanto su conocimiento como su realidad ubicándolos en cuadros generales, bajo leyes de gran extensión, para referirse a ellos con más comodidad y rápidamente.

4. La ciencia avanza más que la filosofía porque aprovecha más inmediatamente los resultados obtenidos, sigue la serie en la línea del progreso que trata de continuar.

5. Utilizando el ejemplo platónico en el diálogo *Alcibiades*, como posición contrapuesta a la del científico, distinguimos la disciplina que tiene por objeto el conocimiento y el perfeccionamiento del hombre mismo, de aquellas otras menos importantes que se ocupan de

objetos que no son el hombre, pero que son para él y luego de las que se ocupan de las cosas más alejadas que le resultan indiferentes. La filosofía tendría su finalidad en el estudio del hombre, y el cultivo de los medios para que devenga más perfecto, mientras que las ciencias atenderían más a las cosas exteriores hasta las más alejadas. Pero Platón dió demasiada importancia a lo divino en el hombre quitándosela a lo que constituye su verdadero ser con todas sus limitaciones y experiencias.

6. Hicimos ver que se trataba de no caer en ninguno de los dos excesos en la actitud humana más justa, y que en la dedicación a conocer y perfeccionar al hombre en su totalidad la filosofía cumplía su más acertado cometido.

Ni en el exceso de la ciencia y del hombre corriente de vivir demasiado entre las cosas, ni en el opuesto de la posición platónica de separarse demasiado de ellas se encuentra la actitud humana más justa, que la filosofía trata de determinar ya sea en el plano del conocimiento o de la acción, buscando más bien el equilibrio, teniendo en cuenta la experiencia social o individual y todo lo que pudiera tener una repercusión humana.

Pero hay otros dos excesos entre el existencialismo demasiado subjetivista y la actitud del hombre de ciencia ya mencionada, dedicada a las cosas externas. Se trata de no quedarse en ninguno de los dos extremos. Ni alejarse demasiado de sí en la busca de lo más objetivo o de lo fenoménico, olvidando la propia realidad humana, ni de quedarse en la mera subjetividad, dejando de lado la realidad objetiva. Para que el hombre llegue a formarse un conocimiento total de sí tiene que comprender también las otras cosas. Ni demasiado existencialismo subjetivista ni exagerado objetivismo. Siempre creemos que la verdad la podemos encontrar en el equilibrio de los extremos.

No entenderá al hombre plenamente, el que sólo haya comprendido la realidad inmediata de la ciencia, ni el que nunca ha salido de su encerramiento subjetivo, sino el metafísico que al elevarse a la realidad más trascendental, ha vuelto con la reflexión a su ser, sin dejar de ver su relación con Dios trascendente y con las cosas iguales e inferiores, buscando los nexos y las diferencias que lo unen y separan de ellas.

Después del trato con las cosas, después de elevarse al conocimiento de los universales y trascendentales y del Ser más perfecto, el filó-

sofo vuelve a su punto de partida para tener una idea del sentido de su existencia del lugar que le corresponde, de sus propios actos y del de los demás. Trata de saber qué es lo que ha aprovechado en el conocimiento de las cosas, no en el sentido de una actividad u otra, sino para aclarar el sentido de su propio ser. Su fin es subir al trampolín más alto, al ascender en la comprensión de lo más perfecto, para arrojar desde allí, a su ser más profundo.